

mientras los austriacos de todas armas sin aguardar órdenes se precipitaron en inconcebible confusión al llano en dirección de Torgau y del puente del Elba. Al general Lacy no le quedó mas recurso que agregarse á esta retirada involuntaria.

El resultado fué que á última hora quedó la victoria por los prusianos de un modo tan singular é inesperado, que Daun no llegó á explicárselo, y solo supo contestar á las preguntas de la emperatriz profundamente afectada estas palabras clásicas: «Dios se ha empeñado en ello; de otro modo habria sido imposible que este día acabara tan desgraciadamente. Dios es justo.» El rey Federico escribió al marqués de Argens: «Hemos derrotado á los austriacos y perdido mucha gente. Esta victoria nos dará quizás algun reposo durante el invierno y éste será su único fruto.» Así fué en efecto; el fruto inmediato de la victoria consistió en cuarteles de invierno tranquilos, que tomó Federico en la parte Noroeste de la Sajonia, no pudiendo impedir que los austriacos tomaran los suyos como en el invierno anterior, en las cercanías de Dresde.

X.—FIN DE LA GUERRA

Cinco años hacia que duraba esta terrible lucha y todavía no sabia nadie cuándo concluiría. Dos cosas solamente parecían ciertas; la primera que continuando la guerra, ninguno de los beligerantes podía sacar una ventaja notable sobre el otro, tanto que hasta la emperatriz María Teresa perdía ya la esperanza de ver realizado su deseo. Por mar luchó la Inglaterra con buen éxito en América y las Indias Orientales, donde sus armas le conquistaron una preponderancia tan enorme, que la paz general, que desde tanto tiempo anhelaban las otras naciones y finalmente tambien sus gobiernos, habria significado para ella, en lugar de una ventaja, la renuncia á nuevas conquistas, mayores y cada vez mas seguras. La lucha entre el príncipe Fernando por la parte de Federico, y el duque de Broglie por la de los aliados, no tuvo resultado digno de mención. A últimos del año 1760 se estaba sosteniendo el primero en la Westfalia, y el segundo en el Hesse y en una parte de Hanover. La única ventaja que resultó para Federico el Grande de esta parte de la guerra consistió en que los franceses quedaban retenidos en el Occidente; pero para los ingleses resultaba la importantísima ventaja de que durando la guerra quedaba abierta la llaga que paralizaba la fuerza militar de la Francia, que arruinaba su hacienda y le hacia imposible socorrer á sus colonias con la energía necesaria; de modo que Pitt pudo decir dos años despues, en 9 de diciembre de 1762, con muchísima razón en el parlamento: «Las conquistas hechas en América se deben á haber estado ocupado el ejército francés en Alemania. En Alemania es donde hemos conquistado la América» (1). Gracias á esto pudieron completar los ingleses la conquista del Canadá con la toma de Montreal en 8 de setiembre por el general Amherst, y en la India pudo el coronel Coote quitar á los franceses una plaza tras otra y cercar finalmente en el mes de octubre la misma plaza de Pondichery, que despues de una resistencia en extremo heróica tuvo que rendirse en 16 de enero de 1761. En América llegó tarde el auxilio de la Francia, y en la India faltó del todo, y el valeroso conde de Lally no pudo hacer mas que dar un fin glorioso á la obra de Dupleix.

En medio de una cosecha de brillantes laureles como jamás tuvo otra igual ningun rey de Inglaterra, murió Jorge II el 25 de octubre de 1760, de una apoplejía fulminante al

(1) *Anecdotes and speecher of the Earl of Chatham*; tomo I, pág. 359.

acabar de tomar el chocolate, que era su desayuno habitual. Murió anciano, pero todavía en estado de robustez. «Muerte envidiable, escribió Horacio Walpole, morir sin agonía en el apogeo de la gloria de su país y de su gobierno, en medio de la mas completa paz doméstica, á la edad de 77 años, próximo á volverse ciego y sordo, sin haber sufrido alternativas de la fortuna ni haber tenido que hacer una paz desventajosa, y lo que es mas, hasta sin haber recibido las malas noticias que llegaron con un buque dos días despues de su muerte. ¿Qué instante mas feliz podía haber elegido para morir?»

Estaba paseándose á caballo el heredero del trono, príncipe de Gales, con su amigo de confianza lord Bute cerca de Kew, cuando le dieron la noticia del fallecimiento de su padre, y tras el mensajero acudió el secretario de Estado Pitt para rendir homenaje al nuevo rey Jorge III (2) y ponerse á su disposición. Fué recibido, lo mismo que los otros ministros que le siguieron, de la manera mas afable; el rey suplicó á todos que continuaran en sus cargos, y en el discurso, redactado por Bute, que leyó despues en el consejo secreto, manifestó en términos tan precisos su determinación de continuar la guerra de acuerdo con los aliados de la Gran Bretaña hasta obtener una paz honrosa y duradera, que Pitt pudo escribir al príncipe Fernando, en 28 de octubre de 1760: «La muerte inesperada que en tan crítico momento ha arrebatado á la causa comun y á sus pueblos al mas respetado de todos los reyes, seria no solamente un suceso doloroso, sino una desgracia irremediable, si el joven monarca que le sucede en el trono no hubiese manifestado al empuñar el cetro una firmeza y una grandeza de alma que son una garantía para la Europa de que los intereses de los aliados de Inglaterra son caros al nuevo rey y de que la causa comun encontrará siempre en S. M. un apoyo inmutable. Lo que corona todos mis deseos y me hace confiar firmemente en la conservación de la libertad de Europa y en la defensa de la causa protestante, es la gran confianza y admiración que S. M. manifiesta á los ilustres defensores del bien general, á los que en las circunstancias mas difíciles han sostenido la fama de las armas de S. M. á la altura que han adquirido bajo la dirección de la ilustre casa de Brunswick.»

Mientras el joven monarca siguiera los consejos de este ministro nada tenia que temer Federico el Grande; por esto escribió á Mitchell en mayo de 1759: «El Sr. Pitt es hombre de pundonor y de firmeza: en sus manos están bien asegurados mis intereses,» y cuatro días despues de la batalla de Torgau decia al mismo gran ministro: «Pongo mi confianza en V. y en su carácter de verdadero ciudadano romano, del cual ha dado V. tan brillantes pruebas en el curso de su administración; en V. confío sin temor de engañarme.»

Pitt contestó con una carta en la cual despues de felicitar al rey por su victoria del 3 de noviembre, decia: «Me faltan palabras para expresar la satisfacción que me causan la bondad y el aplauso de un monarca cuyo nombre se venera y se celebra solo en union con el rey de Macedonia, que sin embargo tuvo que luchar solo contra un imperio y no contra las fuerzas unidas de dos, como los que se han conjurado contra V. M.»

Mucha mas importancia que estas palabras tuvo el discurso del trono que pronunció el joven rey en 18 de noviembre, y en el cual prometió la continuación enérgica de la guerra, á todas luces justa; á cuyo discurso siguió la renovación de tratados de subsidios con la Prusia, firmados en 12 de diciembre, y la votación unánime del parlamento destinando,

(2) Nieto de Jorge II, é hijo de Federico Luis, príncipe de Gales, que habia muerto en 31 de marzo de 1757.

además de las 670,000 libras esterlinas para la Prusia, la enorme suma de 20 millones de libras para la continuación de la guerra marítima y terrestre; con lo cual pareció consolidada mas firmemente que nunca la union de las dos potencias.

Mientras el cambio de soberano se verificaba en Inglaterra sin cambiar en nada la situación política de Europa, no sucedía lo mismo con otra sucesión real que habia ocurrido ya un año antes y cuyas consecuencias se hacían sentir cada día mas; á saber: la de España, de la cual hasta ahora no nos ha permitido hablar el hilo de nuestra relación.

Fernando VI de España, despues de haber llevado durante algo mas de trece años el título de rey, murió á la edad de 47 años, el 10 de agosto de 1759. Fuera de su súbita salida de la guerra de Italia á raíz de la muerte de su predecesor Felipe V, ocurrida en 9 de julio de 1746, y de su adhesión á la paz de Aquisgran, no habia hecho nada mas durante su reinado, dejando gobernar á sus ministros, á los cuales debió España poder vivir sin ser juguete de aventureros extranjeros, ni de las potencias ni de sus embajadores, como lo habia sido bajo el reinado de Isabel Farnesio. A la cabeza del gobierno interior se hallaba un hombre que habia subido ya en el tiempo del rey Felipe de simple escribiente á ministro y que se habia hecho dar el título de marqués de la Ensenada. Los negocios extranjeros corrían á cargo de don José de Carvajal, y muerto éste en 1754 fué derribado tambien el primero por influencia de Inglaterra y elevado á la cabeza del gobierno un irlandés llamado Ricardo Wall, que hasta entonces habia representado á la corte de Madrid en Londres. No cambió por esto la política del gabinete español, porque resistió como antes á las excitaciones de Francia y de Inglaterra á pesar de ofrecerle la primera la isla de Menorca y la segunda á Gibraltar si tomaba parte en la guerra, pareciendo que habia renunciado completamente á toda ambición hasta á la mas legítima, y que no tenia mas política que la de neutralidad. El rey solo vivía para su esposa Bárbara, princesa de Portugal, siendo el mayor recreo de ambos la música, cuya satisfacción les procuraba el cantor Farinelli, ya personalmente, ya con la ópera que dirigía.

Habiendo muerto la reina Bárbara en el mes de agosto de 1758, se apoderó del rey una melancolía que el mismo Farinelli no pudo distraer, y que finalmente acabó en verdadera locura.

Bajo el gobierno del nuevo rey Carlos III, hasta entonces rey de las Dos Sicilias, y de cuya persona y capacidad gubernativa hablaremos mas adelante, cambió la política española. El duque de Choiseul logró derrotar completamente la influencia inglesa en la corte de Madrid (1). Apenas hubo desembarcado en Barcelona el rey Carlos III en 17 de octubre de 1759, cuando bajo la impresión de la noticia de la caída de Quebec, cediendo á las instancias del embajador francés Ossun, consintió en encargarse de la mediación de paz á favor de la Francia, y en prepararse al mismo tiempo con todas sus fuerzas para una guerra marítima. Dejó los negocios extranjeros al general Wall; pero encargó la hacienda y la marina al marqués genovés Squilace que habia llevado consigo desde Nápoles y que empezó inmediatamente á armar y reforzar la escuadra con los 24 millones que encontró en el tesoro. Al ministro Pitt mandó el rey escribir una carta diciéndole que no podía mirar con indiferencia la manera cómo destruía la Inglaterra con sus conquistas en América el equilibrio de las potencias establecido por la paz de Utrecht; por cuya razón deseaba mediar en favor de una

(1) Esto prueba que Fernando VI no fué tan ajeno á los negocios públicos como parece desprenderse de lo que dice el autor. (N. del T.)

paz marítima, para lo cual contaba con la moderación y generosidad de la Inglaterra. Pitt le contestó en 13 de diciembre que Inglaterra no habia atacado hasta entonces ni la Luisiana ni Santo Domingo por consideración á España y que no separaría nunca la paz marítima de la terrestre. Con esto quedó decidida la alianza de España con la Francia.

En mayo de 1760 fué llamado otra vez el marqués de la Ensenada que habia sido destituido y desterrado á Granada á instigación del embajador inglés Keene.

Antes de esto ya se habian armado y puesto á punto de hacerse á la mar 36 buques de guerra. El embajador español en el Haya, marqués de Grimaldi, fué llamado á Madrid, donde tuvo conferencias secretas con el rey sobre una política activa contra Inglaterra, á consecuencia de las cuales fué enviado á Londres un nuevo embajador, el conde de Fuentes, quien aseguró al gobierno inglés que los armamentos españoles no estaban de modo alguno en contradicción con la neutralidad rigurosa que su gobierno habia observado hasta entonces y que pensaba observar en adelante. Acto continuo presentó una serie de quejas contra buques de guerra ingleses, contra corsarios y contra los tribunales de presas inglesas, pidiendo inmediato remedio. Apenas habia contestado Pitt, cuando Fuentes presentó, en 9 de setiembre de 1760, dos memorias, en una de las cuales reclamaba el gobierno español el derecho de pesca cerca de Terranova para sus súbditos, y en la otra negaba á los ingleses la autorización de establecer factorías en la América central española, á saber, en Honduras y en el Yucatan, y el de adquirir palos tintóreos, pidiendo que el rey de Inglaterra evacuara inmediatamente las tales factorías, que llamara á sus súbditos y amenazara con la pérdida de su nacionalidad á todos los que en adelante fueren cogidos cortando árboles tintóreos. Ambos documentos estaban escritos en un estilo extraordinariamente acre, y uno contenía hasta la añadidura de que se habia dado copia de su contenido al gobierno francés.

A esta observación contestó Pitt el 16 de setiembre con una nota verbal muy enérgica, en la cual expresó al conde de Fuentes la sorpresa y el disgusto del rey por semejante y extraordinaria confidencia hecha á una corte que con él estaba en guerra abierta, que absolutamente ningun derecho tenia para entender en estas cosas y cuya voz carecía de toda autoridad y fuerza para dar mas peso á las pretensiones de Su Majestad Católica. Sobre el fondo mismo de las memorias encargó á su embajador en Madrid lord Bristol que se entendiera directamente con el gobierno español, el cual no obtuvo ninguna satisfacción. No habiendo podido entenderse, y sin esperanza de lograrlo, llamó Carlos III á su embajador Grimaldi, acreditado en el Haya, en febrero de 1761, y lo envió en la misma calidad á Paris; donde, como hombre que poseía toda la confianza de su soberano, fué iniciado por el duque de Choiseul en las negociaciones que el gobierno francés estaba llevando por una parte con Austria y Rusia y por otra con Inglaterra para organizar un congreso de paz. Grimaldi no tardó en descubrir que difícilmente llegaría á hacerse la paz proyectada, y aunque llegase á realizarse estaria muy lejos de ser favorable á las pretensiones de España. En su consecuencia, decidióse á trabajar con todas sus fuerzas en favor de una alianza hispano-francesa y contra una paz prematura. Su correspondencia con el conde de Fuentes, embajador en Londres, nos revela los medios de que se valió y las intenciones que le guiaron en este asunto; y con decir que se descubrió esta correspondencia entre los papeles que dejó Pitt al morir, queda dicho que este hombre de Estado no mintió al asegurar que tenia conocimiento de los secretos de la política española.

En esta correspondencia vemos que Grimaldi comunicó á

Fuentes en 5 de marzo de 1761: «Ya se han mandado tres mensajeros á nuestra corte para preparar paso á paso una alianza con esta, y avisaré á V. E. del resultado. Me parece de la mayor importancia para nosotros asegurarnos la proteccion de Francia y obligarla á un compromiso antes que haga la paz; porque una vez hecha, no hay motivo para creer que por amor nuestro vaya á principiar una nueva guerra.»

Cinco dias despues, el 10 del mismo mes, escribió al mismo Fuentes: «Lo principal es el secreto si no queremos exponernos á perderlo todo...; continuando la guerra, no pierde nada la Francia si España toma parte en ella; pero en cambio puede ganar mucho; nosotros tampoco aventuramos gran cosa si estipulamos en un tratado de alianza que ninguna de las dos partes contratantes pueda abandonar á la otra. Hecho esto tendremos al fin del año, la Francia y nosotros, una paz favorable, con ventajas para la Francia que no alcanzará nunca si las pide aisladamente; y esto es cabalmente lo que aquí se necesita para imponer la ley á aquella corte. La nacion está cansada y clama por la paz, y el no haberse realizado este invierno ha sido para ella una gran desilusion. El ministerio se halla muy comprometido porque ve la dificultad de arbitrar fondos para la continuacion de la guerra (!). Todas estas ventajas perderá la Francia si hace ahora la paz.—Estoy enteramente convencido de que aquí solo se nos ayudará á obtener lo que nos corresponda en derecho, cuando les apremie la fuerza ó el temor. Discuten aquí nuestros armamentos, pero á mí nada me han dicho todavía.»

La perspectiva de una alianza hispano-francesa léjos de espantar á Pitt, produjo en su ánimo el efecto contrario. Poco quedaba ya á la Francia que perder de su poder colonial; pero si España tomaba parte en la contienda con incomprendible miopía, la Inglaterra debía darse la enhorabuena, pues su gran poder marítimo podía apoderarse también de las posesiones españolas de Ultramar; y respecto del éxito de esta nueva guerra solo podía dudar un hombre pusilánime que por cierto no era Pitt. En todo cuanto hizo desde entonces este ministro, alargando una mano para ofrecer aparentemente la paz, mientras con la otra repartía nuevos golpes, se ve claramente su intencion de sacar el mayor beneficio posible del poder superior de su país, mientras continuara prevaleciendo en la política internacional la fuerza bruta y el derecho de conquista. Por esta razon, solo en apariencia se manifestó conforme con las tendencias pacíficas que ganaban mas y mas terreno entre sus colegas, desde que el rey había nombrado á su hombre de confianza, lord Bute, secretario de Estado en reemplazo de lord Holderness en 25 de marzo, sin oír siquiera la opinion de Pitt.

Despues de negociaciones interminables y penosísimas, Choiseul consiguió de todos los aliados de la Francia que consintieran en enviar sus representantes á un congreso de paz que debía celebrarse en Augsburgo, y permitieran á la Francia negociar por separado con la Inglaterra. Los documentos y comunicaciones relativas al congreso fueron redactados en París y remitidos á sus respectivos destinos el 25 de marzo de 1761; y tres dias despues, en 29 de marzo, Pitt hizo zarpar una escuadra de 26 buques con 10,000 hombres de desembarco para conquistar la isla de Belleisle situada enfrente de la bahía de Quiberon, á título de compensacion por la isla de Menorca, conquistada por los franceses. Despues de una prolongada y valerosa defensa, rindióse el comandante francés, caballero de Saint Croix, el 7 de junio. Esta victoria fué mas importante que todas las negociaciones estériles que se habían seguido hasta entonces en París para una paz separada entre la Inglaterra y la Francia. El embajador inglés en la corte de Francia, Juan Stanley, no tenia

encargo de hacer, ni de admitir proposiciones, sino solo de oír las que se le hiciesen y comunicarlas á su gobierno é insistir en cuanto á lo demás, como base de toda negociacion, en la conservacion de los territorios adquiridos, es decir de las conquistas realizadas por la Inglaterra. Pitt tampoco creía en la sinceridad de las intenciones pacíficas de la Francia y solo tenia la vista fija en los armamentos de España; por manera que toda la negociacion con Choiseul fué un asunto muerto antes de nacer, y no vale la pena de examinar la correspondencia tan voluminosa como inútil á que dió lugar.

La verdadera intencion de Pitt se refleja en un despacho que envió el 28 de julio á lord Bristol, embajador inglés en la corte de España, para exponer al ministro Wall que no extrañase que el rey de Inglaterra deseara una explicacion categórica y terminante del objeto de los armamentos marítimos que desde mucho tiempo se estaban haciendo en diferentes puertos españoles, del destino que se pensaba dar á estas escuadras y de si la corte de Madrid queria ó no conservar la amistad y buena inteligencia con la Gran Bretaña. Entre otras cosas decia el despacho: «Este paso se ha hecho tanto mas indispensable cuanto que los agentes, emisarios y partidarios de la Francia trabajan en la capital de Inglaterra para propagar entre los habitantes de la City la opinion de que es inminente una «ruptura con la España y la Francia unidas.»

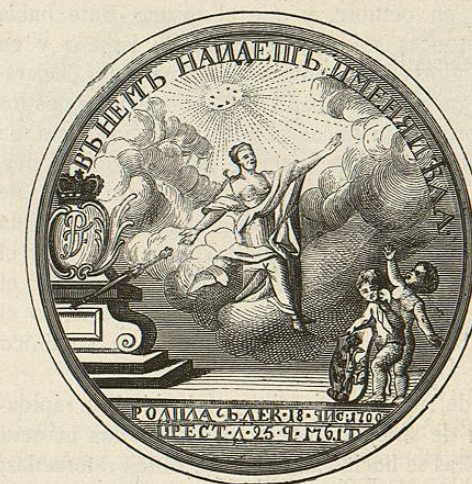
Al principio no tenia Choiseul otra intencion mas que la de servirse de la probabilidad de una alianza española á guisa de amenaza para hacer á la Inglaterra mas condescendiente; pero procedió de una manera que autorizó á Pitt á considerar la alianza como positiva, ó cuando menos ineludible, y á proceder en consecuencia. Esto era, por lo demás, lo que él deseaba; y á la realizacion de este deseo secreto de Pitt, que hoy consta como indudable, coadyuvó inconscientemente el mismo Choiseul cuando en sus negociaciones de paz se hizo tambien abogado de las quejas y exigencias de España. En efecto, este fué luego el verdadero obstáculo para llegar á una inteligencia. En la conferencia decisiva que tuvo Pitt el 23 de julio con el plenipotenciario francés Bussy, éste entregó al ministro inglés una Memoria española, lo cual indignó á Pitt en gran manera; pues que previamente había declarado de todo punto inadmisibles toda involucracion de los asuntos españoles con las negociaciones de paz, en conformidad con una resolucion tomada en 21 de julio en el consejo secreto del gobierno inglés. Pitt al dia siguiente comunicó al consejo lo sucedido, y por orden del rey devolvió la Memoria española como inaceptable; y la misma suerte tuvo una nota francesa de Bussy, en la cual su gobierno pedía á solicitud de la emperatriz María Teresa que en las negociaciones de paz entre Inglaterra y Francia no se hablara de la guerra austro-prusiana, y que el rey de Inglaterra renunciara en adelante á auxiliar al rey de Prusia con tropas. El gabinete inglés calificó esta pretension de insulto hecho á su honor y á la fidelidad con que estaba acostumbrado á cumplir sus compromisos con sus aliados. Esta repulsa perentoria de los documentos decidió la cuestion como desde mucho tiempo se había propuesto en Lóndres, mucho mas que el contenido del ultimatum que el embajador Stanley en París entregó el 29 de julio al canceller Choiseul. En 5 de agosto quedó redactado un ultimatum del gobierno francés muy conciliador en cuanto tocaba á los intereses de la Francia, pero en extremo exigente respecto de los de España y de la emperatriz María Teresa, y diez dias despues se firmó la alianza con España.

El 15 de agosto firmaron Choiseul y Grimaldi en París dos tratados secretos, de los cuales el primero conocido por el *Pacto de familia* garantizaba á los Borbones de Francia

España, Nápoles y Parma sus respectivos Estados y posesiones en todas las partes del mundo, y obligaba á los reyes de Francia y España á sostenerse mutuamente en la paz como en la guerra, á considerar á todo enemigo del uno como enemigo comun, y á proceder siempre de comun acuerdo como corresponde á miembros de una misma familia. El primer contingente armado que debía aprontar cada una de las dos potencias dentro de tres meses quedó fijado en 12 navios y 6 fragatas; y en tropas de tierra había de dar la Francia 18,000 hombres de infantería y 6,000 de caballería, y España 10,000 de infantería y 2,000 de caballería, quedando eximida España de cooperar á la reconquista de las colonias que Francia había perdido así como á la guerra que Francia sostenia en Alemania.

Mas importante que este pacto de familia era el otro convenio secreto que los dos ministros firmaron el mismo dia 15,

y que constaba de once artículos cuyo tenor era el siguiente: En el primero se obligaba el rey de España á declarar la guerra á Inglaterra el 1.º de mayo de 1762, si hasta entonces no se hubiese llegado á una avenencia entre esta última y la Francia. En el segundo artículo se comprometía el rey de Francia á velar en sus negociaciones con Inglaterra por los intereses del rey de España y á no firmar la paz hasta que este último declarase que quedaba enteramente satisfecho respecto de la Inglaterra. En el artículo quinto prometió el rey de Francia restituir al de España la isla de Menorca el 1.º de mayo de 1762, y hacer garantir á la corona de España la posesion de esta isla en la paz que se hiciera. En el artículo sexto convinieron las dos potencias en invitar al rey de Portugal á ingresar en la alianza, «atendido que no era justo que continuara espectador neutral en la contienda que las dos potencias aliadas tenían con la Inglaterra, abrien-



Medalla acuñada al fallecimiento de la emperatriz Isabel

do sus puertas á los enemigos de los dos soberanos, y permitiendo que aquellos se enriqueciesen mientras estos se estaban sacrificando por el bien comun de todas las naciones marítimas.» El artículo séptimo determinaba que todas las naciones marítimas serian admitidas en la alianza siempre que lo desearan. Segun el artículo octavo entrarían en vigor todos los artículos citados desde el momento en que España se viera precisada á hacer la guerra antes del 1.º de mayo de 1762. Finalmente, obligábanse las dos potencias en el artículo noveno á indemnizar en comun al rey de Cerdeña por la renuncia de sus pretensiones sobre Plasencia.

Pitt supo la conclusion del *pacto de familia* y del convenio secreto del 15 de agosto por una carta que escribió Grimaldi en 31 del mes al embajador conde de Fuentes. De esta misma carta, como de otra que le dirigió Stanley con fecha 2 de setiembre, resultó ser la parte mas esencial de los dos tratados el artículo que privaba á la Francia de hacer por separado la paz con Inglaterra antes de que se hiciera un arreglo entre este último país y España. Tambien concordaban las dos cartas en la noticia de que la actitud de España dependería por lo pronto exclusivamente de la llegada de América de una flota cargada de plata para cuya escolta se habían enviado á toda prisa en 8 de setiembre 15 buques de guerra.

Apoyado en estos hechos, presentó Pitt al consejo secreto en su sesion del 18 de setiembre la proposicion de apoderarse de la flota como primer golpe; como segundo tomar la Habana por ser la llave de las Indias españolas, y finalmente arrancar tambien á España la ciudad de Manila, capital de la isla principal del archipiélago filipino, y depósito general

de su comercio con las Indias Orientales. Esta proposicion, para cuya realizacion estaba disponible á todas horas la armada inglesa, muy poco ocupada por la francesa, siendo además infalible el buen éxito, y la empresa altamente conveniente al ensanche del poder y del comercio de la Gran Bretaña, encontró en el consejo del gobierno una oposicion unánime, porque ninguno de los ministros, excepto lord Temple, cuñado de Pitt, queria oír hablar de guerra. Pitt adivinó en seguida la verdadera razon de este cambio al través de los pretextos simulados de sus compañeros, que fingían no quedar convencidos de la existencia de la conspiracion tramada por España y Francia contra la Inglaterra, y pretendían además que era difícil luchar á la vez con estas dos potencias. El secreto era que lord Bute había convenido con el rey en deshacerse de Pitt, hasta entonces verdadero autócrata del país y del parlamento, y aprovechó este momento favorable para despojarle de su mayor riqueza, que era la popularidad que gozaba, presentándole ante la nacion, que anhelaba la paz, como instigador perpetuo de nuevas guerras. Pitt defendió su proposicion en tres sesiones consecutivas, y viendo que continuaba solo con su cuñado, presentó su dimision que le fué admitida en 5 de octubre. El rey le dió una pension vitalicia de 3,000 libras esterlinas, y á su esposa el título hereditario de baronesa de Chatham.

La corte de Madrid se encargó de justificar la política del ministro dimisionario. Mientras la flota de plata estuvo en alta mar no cesó el general Wall de manifestar al gobierno de Lóndres las simpatías del de Madrid, riéndose entre tanto de la credulidad de lord Bristol y de lord Bute que aceptaban sus seguridades como moneda corriente; pero